

den hacer en su favor, ó acaso se avergüenzan de visitarle. De conocidos y de desconocidos parece salir una sola voz que le dice «sufre y calla, pues que es inútil la queja.» Hé aquí, ¡oh! todo lo que la filosofía humana puede aconsejarle de más prudente.

En esta situación ve el desdichado reo abrirse la puerta de su calabozo, y entrar en él una Hermana de las cárceles, con mirada bondadosa, con la dulce sonrisa en los labios, y con los brazos caritativamente abiertos. Acercándose á él este ángel de paz, le dice con acento suave: «Padecéis, hermano mío, lo conozco; grandes son vuestras amarguras y ansiedad; pero poned los ojos en Jesús crucificado. Vedle aquí, vedle pendiente de la cruz que fué su suplicio: ¿sabéis quién es? Pues es todo un Dios; un Dios que quiso sufrir de este modo para hacernos comprender la necesidad que tenemos de ser probados en este mundo. Tened valor, porque si padecéis con resignación en esta vida, adquiriréis una felicidad eterna, mucho mejor que la podéis apetecer aquí bajo. Poned el pensamiento en el Cielo. ¡Oh! Allí ya no hay vicisitudes. De vos solo depende el ir allá. La justicia de los hombres es inexorable, porque los hombres no pueden leer el arrepentimiento en el corazón. Ellos quizás os condenen; pero Dios os absolverá, si es sincero vuestro arrepentimiento.» Después de tan consoladoras reflexiones, que el pobre preso repite á sus solas, vedle contento entre los hierros, bendiciendo sus penas y satisfecho de sus privaciones.

Salgamos de la cárcel para visitar otro edificio menos severo. Hemos enfrente de él. El rótulo puesto sobre la puerta nos dice el objeto del instituto que profesan las personas que lo habitan: *El Buen Pastor*. Entremos para ver aquí también el heroísmo de la mujer que se consagra á restaurar la virtud en corazones destrozados, y aún diría mutilados horriblemente. ¡Cuán agradables son estos asilos de la caridad á donde vienen á derramar dulces lágrimas, lejos de los traidores goces del mundo, las arrepentidas Magdalenas! ¡Cuán admirable se ostenta aquí la mujer caritativa que en la ingeniosa fecundidad de su amor, tiene remedios para todos los males, y consigue cicatrizar las llagas del cuerpo junto con las del alma! Piadosas vírgenes, que os habéis dedicado á gobernar estas casas de penitencia, vuestra misión es realmente difícil, y aún me atrevería á decir insalubre para vuestras almas; porque los pozos sucios, aunque se hayan desinfectado, siguen despidiendo un hedor peligroso á cadáver; porque las lagunas pútridas que se secan despiden aún por largo tiempo miasmas fétidos y pestilentes. Mas no dejo de conocer que, á pesar de ello, los deliciosos instantes en que veis correr hasta vuestros piés las abrasadas lágrimas del arrepentimiento, son capaces de indemnizaros de todas vuestras penalidades. Imágenes vivientes sois del Buen Pastor: ¿quién puede expresar vuestro regocijo, cuando veis que la oveja perdida vuelve por sí misma del hondo del desierto, dejándose caer fatigada en el suelo de vuestra mansión, pidiendoos asilo? ¿Y qué diré de vuestra satisfacción cuando, pasados los días de lágrimas y de prueba,

se desnudan las penitentes del asqueroso ropaje que trajeron del mundo para vestirse el de los Angeles? ¿Qué alegría es para vosotras contemplar sus frentes selladas ayer con la marca de la infamia, recobrar hoy su belleza, coronándose de nuevas flores? ¡Ah! Pues que el ministro de Dios las ha perdonado en su nombre, cubriendo sus pasadas faltas con la absolución, bien podéis vosotras cubrirlas de castos besos; bien podéis repetir las cien y cien veces, que los verdaderos deleites no se gozan sinó en Dios, y que el mundo no tiene que dar sinó decepciones, perfidias y crueles remordimientos. Estas palabras serán comprendidas perfectamente por ellas después de haber encontrado en la penitencia la inefable dicha que tan lejos estaban de presumir hubiese.

Ya lo veis, A. H. M., ya veis cuán grande, cuán noble, cuán sublime es la misión de caridad confiada á la mujer católica. ¿Pero sabréis decirme de quién toma el ejemplo? De nuestro Señor Jesucristo, y de su divina Madre, responderéis, poniendoos en lo cierto. La mujer cristiana comprende efectivamente que la inspiración de sus santas obras viene sólo del Evangelio; puesto que no se encuentran fuera de la doctrina de Aquél que vino á la tierra á rehabilitar á la mujer. Ella sabe que María trazó, con sus acciones, las reglas de la verdadera caridad; y por eso se esfuerza en seguir á María á la luz de sus ejemplos. Veamos ahora cómo la mujer cristiana debe imitar á María en la práctica de la caridad.

PUNTO SEGUNDO.

MODO DE CUMPLIR LOS OFICIOS DE CARIDAD Á EJEMPLO DE MARÍA.

Ninguna consideración personal fué bastante poderosa para detener el celo de la augusta Virgen. Apenas el Angel se hubo despedido de María, cuando ésta se pone en camino con toda diligencia, no sólo por afecto á Santa Isabel, sinó porque el Sér divino que acaba de concebir la inspira la misma caridad que él siente. No fué otra la causa que la impelía á visitar con tal prontitud á su parienta, para prestarla servicios que efectivamente la eran necesarios; tanto más necesarios, cuanto más entrada en días estaba.

Hé aquí el modelo que nos debemos proponer, siempre que se trate de practicar obras caritativas en favor del prójimo. Imitando á María, debemos ejecutarlas con prontitud, sin perder un instante. El dicho vulgar acerca de esta materia expresa con toda exactitud la importancia de este consejo: «el que da pronto, da dos veces.» Y que este dicho encierra una gran verdad, lo corrobora el doble premio que el Señor concede á los que ejercen la caridad con prontitud y por su amor. Síguese de aquí la necesidad de imitar la diligencia de María

Santísima, emprendiendo el camino tan pronto como tengamos noticia de que hay un pobre á quien socorrer, un enfermo á quien asistir, un afligido á quien consolar, un ignorante á quien instruir, un pecador á quien apartar del vicio; en una palabra, cualquier obra de misericordia, sea espiritual ó corporal, que cumplir. Levantémonos con la solicitud de María Santísima; dejemos nuestro retiro y la tranquilidad en que vivimos conversando con Dios, para acudir con velocidad al lado de nuestros hermanos que nos necesitan. Aunque nos sea preciso descender á horribles calabozos, penetrar en el asilo del dolor hasta llegar al lecho desde donde un desgraciado doliente comunica á otro contiguo el mortal ardor que le consume, donde la muerte acaba de hacer una víctima, designando otra para dentro de poco, ó levanta su cruel cuchilla sobre las cabezas de todos, amenazando á los que aún conservan la vida, al descargarla contra los agonizantes; aunque nos sea preciso ésto, sigamos los movimientos de la caridad cristiana, que, más fuerte que la muerte, no teme el emponzoñado aliento que sale de las entrañas de los enfermos para inficionar á los que les asisten. Entreguémonos en particular á aquellas obras de misericordia que podamos ejercer libres de las miradas del público, con el fin de que Dios solo sea nuestra recompensa. ¡Desgraciados de nosotros, si vivimos en el error de que las piadosas ocupaciones en que se emplean las personas consagradas á la caridad, nada tienen que ver con nuestros deberes personales; desgraciados si consideramos los socorros suministrados al infortunio solamente como prácticas laudables, y no como obligaciones positivas que una ley indeclinable nos impone! Todos, no hay que dudarlos, estamos sujetos á ellas hasta tal punto, que hemos de mirar esos deberes tan obligatorios como los que diariamente tenemos que cumplir. Cada uno de nosotros, según su estado y los medios de que disponga, ha de llenarlos sin alegar exención. Sí; la fe nos prohíbe contar las obras caritativas hechas por nuestros hermanos, como acciones voluntarias que la Religión deja al arbitrio de los fieles: porque entre los deberes de éstos, no hay otros más sagrados, inviolables y continuos, según la doctrina de Jesucristo, que los de la caridad. En efecto: ¿ignora nadie que todo cristiano ha de cuidar del prójimo que sufre? ¿Ignora nadie que la ley que nos manda amarle nos manda al mismo tiempo socorrerle? Pues qué, ¿se puede amar á un hermano mostrándose insensible á sus desgracias? ¿Podemos desconocer que el precepto del amor al prójimo, tan solemnemente proclamado en el Evangelio y tan inseparable de la piedad cristiana, no se limita únicamente á prohibir que tomemos lo que es propiedad de nuestros hermanos, que lastimemos su reputación, que les perjudiquemos en sus bienes, que atentemos contra sus personas y que turbemos su reposo? Cuando un miembro del cuerpo á que pertenecemos padece, también nosotros debemos padecer, de manera que, sin romper por nuestra parte el lazo divino que nos une á Jesús, nuestra cabeza, no podemos rehusar á las necesidades comunes nuestra atención, nuestros cuidados y

nuestro ministerio. Por eso los primeros fieles no poseían al principio nada propio, no formando, desde su vocación al Evangelio, más que un corazón y un alma. Parecíales inútil seguir poseyendo particularmente bienes, que habían venido á ser bienes también de sus hermanos. Es deber nuestro, pues, imitar la caridad de los primeros fieles, nuestros padres en la fe, y seguir, sobre todo, la prontitud en socorrer al prójimo, que fué la condición más importante de la caridad de la Santísima Virgen al ofrecer sus servicios á Santa Isabel.

También es necesario que las dificultades con que podemos tropezar, no nos detengan más de lo que detuvieron á María. Admiremos el valor y fortaleza de la Santísima Virgen, á quien no pudieron arredrar ni lo largo del camino, ni la aspereza de los montes, ni el estado en que se hallaba. Tratábase de un deber de caridad, y esto era bastante. La gracia del Espíritu Santo que la llenaba era incompatible con cualquiera detención. No es extraño, porque, como dice un Santo Padre, los obstáculos que se presentan al siervo de Dios sirven más para inflamarlo que para enfriarlo. De aquí nace una regla utilísima para conocer nuestra caridad. ¿Queremos conocer si el amor que tenemos á Dios es débil ó fuerte? Examinemos si en las obras que emprendemos por su gloria mostramos cobardía, retrocediendo á la primera dificultad, ó si, por el contrario, tenemos bastante fortaleza para vencer los inconvenientes. ¡Ah! ¡Cuán de temer es que en el examen que hagamos de nuestras acciones, nos hallemos dispuestos para el mundo como debiéramos estarlo para Dios! Porque, en efecto, si se nos proporcionan goces según la concupiscencia, no podemos mostrar ni más viveza para entregarnos á ellos, ni más obstinación en triunfar de todo lo que se opone á nuestra codicia.

Quizás parezca exagerada esta censura; mas para convencernos de su exactitud, nos bastará representar simplemente lo que las pasiones nos mueven á hacer, ó mejor dicho, lo que nos obligan á padecer. Supongamos que uno recibe una afrenta, positiva ó imaginaria; desde luego se invoca la ley establecida entre los hijos del siglo para excitar al agraviado á que no difiera su venganza, como temiendo que se amortigüe la ira con la tardanza, ó que la reflexión descubra alguna circunstancia atenuante, ó acaso demuestre que las cosas no han pasado como se refirieron. Con la misma precipitación se conduce el hombre de mundo cuando se propone, ó complacer al objeto de una pasión impura, ó interesar á un protector poderoso, ó satisfacer su propia avaricia. Y como no se trata solamente de proceder con actividad para llegar pronto al término que se busca, y á donde rara vez se llega, sinó empleando una gran constancia, ¿quién puede decir la firmeza y la resolución con que se procuran vencer todos los obstáculos? Recuerde cada uno lo que ha sufrido hasta el presente, ora para hacer su fortuna, ora para satisfacer una pasión, y se convencerá de que ha sido un verdadero mártir del mundo. ¡Qué mengua para los cristianos que no les cueste ningún trabajo abandonar las más santas empresas para conseguir una insignificante ventaja temporal siempre

que consideran incompatibles las dos cosas! Hagamos, pues, siquiera en adelante, por Dios, lo que siempre hemos hecho y solemos hacer aún por el mundo. Llenémonos de ardoroso celo por su gloria; tengamos valor, no solamente para emprender el bien, sinó para practicarlo con constancia. ¡Ojalá que el ejemplo de la Santísima Virgen y la protección que ofrece, nos haga cambiar enteramente de conducta, perseverando por siempre en las buenas obras, para gloria del Señor y utilidad del prójimo! ¡Ojalá el verdadero espíritu de Religión nos lleve á socorrer á nuestros hermanos, á pesar de los falsos pretextos que el amor propio sugiere, y la posición social, la injusticia y la poca humanidad cohonestan!

¡Virgen Santísima! Alcanzadnos de Dios la gracia de practicar con prontitud, á ejemplo vuestro, las obras de caridad que el Evangelio nos prescribe, sin que obstáculo alguno nos detenga. Pedid para nosotros el celo de la gloria del Señor que animó á sus santos Apóstoles, moviéndoles á atravesar los mares, discurriendo por todas las regiones del mundo, para dar á conocer el nombre de Jesucristo á los pueblos más lejanos y menos cultos; pero pedid también lo que principalmente ensalza su gloria, ó mejor dicho, el poder de la gloria de Dios; esto es, el que ni las prisiones, ni las cadenas, ni los azotes, ni la más fiera persecución sean parte para intimidarnos, como no les intimidaron á ellos. Haced, Señora, que suceda así, á fin de que, después de imitaros á Vos, que fuisteis el modelo de los Apóstoles, obtengamos la dicha de participar de vuestra bienaventuranza.

DE VARIOS.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN ES:

PRIMERA REFLEXIÓN.—Misterio de caridad.

SUBDIVISIONES.—1. Caridad humilde.—2. Caridad activa.

SEGUNDA REFLEXIÓN.—Misterio de santificación.

SUBDIVISIONES.—1. Santificación de la casa de Zacarías.—2. Cómo contribuyó María á esta santificación.

TERCERA REFLEXIÓN.—Misterio de gratitud.

SUBDIVISIONES.—1. Gratitud de María.—2. Su cántico de acción de gracias.

Et intravit in domum Zacarie, et salutavit Elisabet.

Y entró en casa de Zacarías y saludó á Isabel.

(Luc., 1, 40.)

A PENAS el Angel del Señor hubo anunciado á María las maravillas que debían realizarse en ella, citándola como prenda del cumplimiento de lo que la prometía, el ejemplo de su prima Santa Isabel, la cual estéril desde muy atrás, y bastante entrada en años, había concebido un hijo, consideró María como un deber felicitarla por una fecundidad tanto más dichosa, cuanto más vivamente era deseado y por más tiempo aguardado el fruto de sus entrañas. Inmediatamente *se levanta*, dice el Evangelio, *se pone en camino diligentemente, atraviesa las montañas* de la Judea, llega á la ciudad sacerdotal de la tribu de Judá, donde moraba Zacarías, y permanece en su casa por espacio de muchos meses. No creáis, dice San Ambrosio, que la Santísima Virgen, dudando del vaticinio que se le ha hecho, quiere ir á enterarse por sí misma de tan extraordinario suceso: *Non incredula de oraculo*. No creáis tampoco que, llena María de la idea de los prodigios que en ella se han obrado, vaya en busca de testigos y de admiradores, ni que, pensando pueda haber en el mundo un alma digna de ponerse como ejemplo de lo que en María acaba de hacerse, se decida á hacer ostentación de las augustas prerogativas que le han sido otorgadas: *Non dubitans de exemplo*. No creáis, en fin, que la impulsa á este viaje una curiosidad que, excitada por la singular noticia de